



Planta 48, puerta 24, ¿qué sucede detrás?

PLANTA 48, PUERTA 24

Por Teresa Pérez Landa

María estaba sentada en su despacho con la mirada perdida en el vacío, no podrías decir hacia qué punto de la habitación miraba porque era un punto indefinido, inexistente. Acababa de leer el email que le había enviado su amigo Roger desde Nueva York y no se sentía casi ni capaz de respirar. Se levantó, dio algunos pasos hasta el mueble bar y se sirvió un whisky, sin agua, sin hielo, a pelo. Necesitaba que algo le ardiera al bajar por la garganta y en el estómago para detectar la realidad del suelo que pisaba. Estaba repasando un caso para un juicio que tenía al día siguiente, era ya tarde, las tres de la madrugada concretamente cuando el email apareció en la bandeja de entrada; dio otro trago más y pensó que en Nueva York no era tan tarde, siete horas de diferencia con Madrid, no era tan descabellado llamar a Roger, era su mejor amigo y no podía dejarle sin una respuesta a su petición.

—María, ¿has leído lo que te he enviado?

—Ahora mismo.

—Perdona las horas.

—Estaba aún trabajando en el despacho, no te preocupes.

Roger yo... no sé si puedo hacer lo que me pides, otra vez no...

—Eres la única persona capaz de ayudarme y lo sabes, no puedo acudir a nadie más. —María suspiró, en el fondo sabía que tenía razón—. ¿María?, ¿sigues ahí?

—Sigo. Déjame que lo piense.

—No hay tiempo. (...) Dime algo, no te quedes callada por favor.

—Está bien, iré, pero no puedo coger ningún vuelo hasta mañana por la tarde.

La última vez que estuvo en Nueva York se prometió a sí misma no volver jamás y de pronto estaba reservando un vuelo para el día siguiente. ¿Cómo había podido pasar?, pero... Roger... cómo no ir en su ayuda.

Las horas se le hicieron eternas hasta que subió al avión, todas las células de su cuerpo rechazaban la idea de volver. Intentó relajarse: escuchar música, ver una película, pero nada, imposible... toda su mente había vuelto a aquella habitación de hotel, a la fatídica noche en la que decidieron abrir esa puerta. Ese simple acto truncó sus hasta entonces brillantes carreras, su credibilidad, sus amistades... todo. Nadie creyó lo que les había sucedido, de hecho, ante su insistencia a las autoridades para que lo investigaran, María acabó internada en un centro psiquiátrico, por fortuna no por mucho tiempo porque todos los exámenes que le realizaron indicaron que estaba cuerda, pero las paredes blancas, los sonidos, los gritos y los llantos de los otros internos, los olores, la habían acompañado noche tras noche en sus sueños, que siempre terminaban en pesadillas de las que se despertaba gritando y sudando; por eso la gustaba trabajar hasta tarde en el despacho, prefería buscar huecos en horas diurnas para dormir, cuando los recuerdos la acechaban de una forma más suave podía controlarlos. Obviamente, había noches en las que se quedaba dormida y era cuando la oscuridad volvía a estar presente apretando su mente con sus garras podridas.

Pidió a la azafata un whisky y mientras se tomaba la copa su mente volvió de nuevo a Nueva York. Tras el suceso los expulsaron de la Universidad de Columbia, donde María tan solo era una

estudiante, pero Roger era uno de los catedráticos, además de un matemático brillante. Sus amigos, los de ella y los de Roger, dejaron de hablarles poco a poco hasta que se alejaron de sus vidas definitivamente, todos pensaron que estaban locos; y si a Roger no le internaron también fue porque tenía más credibilidad y era menos vehemente que ella. Desde ese momento habían pasado diez años, durante los cuales acabó sus estudios de Derecho en España y ahora era socia de un modesto despacho de abogados. Roger pasó una larga temporada sin saber qué hacer con su vida, después comenzó a escribir artículos científicos en busca de recuperar algo de la credibilidad que tuvo un día.

El vuelo de Iberia aterrizó en el JFK a la hora prevista. Roger estaba esperándola, de lejos María observó cómo había envejecido, su cabello se había teñido de canas, pero su sonrisa seguía siendo la misma, la había echado de menos. Al encontrarse se fundieron en un largo e intenso abrazo.

—Siento haberte hecho venir.

—Explícame una cosa Roger, ¿por qué debo arriesgar todo lo que he construido estos años simplemente para que nadie viva lo que nosotros vivimos?

—Por la vida tal y como la conocemos, no sabemos qué podría pasar si la puerta se quedara abierta de una forma definitiva. Me he vuelto loco durante estos años haciendo cálculos y cálculos María, y lo único que sé es que la humanidad no puede correr ese riesgo.

—Me importa un comino la humanidad, para serte sincera. Sólo sé que no soy la misma, apenas duermo, todos piensan que llevo una vida normal y feliz y no es verdad, y estoy cansada.

—Pues entonces sé egoísta y hazlo solamente en tu propio beneficio, pero hazlo. —La cogió fuerte de las manos—. Es la hora, esta noche iremos al hotel.

Ya ni siquiera recordaba por qué quisieron ir aquella primera vez, era una propiedad abandonada en Chelsea, en su día había sido un hotel importante, pero todos y cada uno de los propietarios que asumieron su gestión se arruinaron o murieron de formas más que sospechosas hasta que ya nadie quiso hacerse cargo de la propiedad;

el último dueño seguía vivo pero dejó que el hotel acabara siendo un edificio abandonado. Selló todas las puertas, todas las ventanas, y lo sumió en la más completa oscuridad. Lo que les empujó a entrar fue el subidón de adrenalina que esperaban al colarse como si fueran unos adolescentes. El hotel no estaba en una calle muy transitada, ideal para colarse en una propiedad que no es tuya. Quitaron los tablones de madera que tapiaban la ventana y saltaron, el cristal de la ventana estaba roto y recordó que Roger se hizo un corte en el brazo. Se lo vendó con el pañuelo de seda que llevaba puesto al cuello y al acercarse él la besó, María se estremeció de tal modo que todo el miedo que tenía desapareció de pronto. Acarició su piel negra mientras le vendaba y él volvió a besarla; sus besos eran increíbles, tan suaves y apasionados a un mismo tiempo, tan sensuales. Sintió la eternidad en ellos. Eso era para ella el amor.

—De acuerdo, esta noche iremos.

Pasaron la tarde en el pequeño apartamento de Roger donde la enseñó e intentó explicarle los cálculos de los que le había hablado antes, pero ella no entendía nada de matemáticas ni de física y mucho menos de mecánica cuántica, sólo quería sentirse viva y eterna una vez más antes de volver al Maine Hotel. Le retiró las gafas, apartó sus papeles y le besó... había esperado durante diez años para reencontrarse con sus labios, él la devolvió el beso y la susurró al oído... *cómo te he echado de menos*. Se desabrocharon los botones y piel con piel disfrutaron de sus cuerpos como si fuera a ser la última vez.

Eran las diez de la noche cuando salieron del apartamento de Roger, cogieron un taxi y se encaminaron a Chelsea, pararon en la esquina del Maine Hotel. La calle estaba oscura, negra como un pozo de agua enlodada, las farolas no funcionaban en esa calle. A María le asaltó una duda mientras se acercaban al edificio.

—Roger, ¿cómo sabes que alguien ha entrado en el hotel?, eso no me lo has dicho. Todo este tiempo estaba convencida de que tú también intentabas olvidar y me da la sensación de que lo que has hecho es convertirte en el guardián vigilante. —Roger suspiró—.

—Ya te dije que he intentado buscar una explicación.

—Sí, de un modo científico, pero, ¿qué has hecho?, ¿has puesto alguna cámara, te has paseado por aquí noche tras noche?, ¿qué?

—Tengo una conexión de radio pirateada con la línea de la Policía, escuché el aviso de que alguien había entrado y cuando acudieron encontraron a un joven asesinado a balazos, después volvieron a precintar el edificio; lo sé porque me acerqué a comprobarlo y fue cuando te escribí. Si han entrado una vez volverán a hacerlo.

—Para, para, para, no sigas andando, ¿ha muerto alguien? — Roger asintió con la cabeza—. Dios mío, ¿y cómo pretendes que cerremos de una vez por todas lo que hay ahí dentro? Me has pedido ayuda y yo he venido corriendo sin saber cuál es tu plan.

—Implosionarlo desde dentro.

—¿Estás bien de la cabeza?, ¿quieres matarnos a nosotros también?, ¿sabes acaso qué consecuencias tendría hacer algo así?

—Entremos y te lo explicaré todo.

Parada delante del Maine Hotel, cogiendo a Roger de la mano, María pensó... Planta 48, puerta 24, no pensaba tener que volver aquí de nuevo... y aquí estoy. Rompieron el precinto policial y entraron. Todo seguía como aquella vez, con diez años más de polvo encima. Había sido un hotel lleno de lujos para gente importante cuando abrió en 1911, después, entre los años 20 y 30, se convirtió en refugio de buena parte de los gansters que abundaban en la época debido a la Ley Seca. Fue cuando empezaron los asesinatos, la sangre, las redadas... María también había hecho sus deberes. Después el hotel se fue degradando, ayudado por el infortunio de todos sus dueños, hasta que cayó en la ruina total y se cerró. Aquel adolescente acribillado a balazos... seguro que había entrado en la puerta 24 de la planta 48... María sintió cómo todos y cada uno de los músculos de su cuerpo se iban agarrotando... Roger apoyó su maletín sobre el mostrador y lo abrió. María pudo ver un artefacto con cables y al instante se imaginó lo que era.

—¿Eso es...?, ¿así es como piensas implosionar todo desde

dentro?

—Déjame que te explique, lo que he podido deducir de todos mis cálculos es que se ha producido una anomalía en la cuarta dimensión, en el pliegue del espacio-tiempo que ha dado lugar a que se genere una especie de banda de Moebius.

—¿Aquí?

—Aquí. La puerta 24 es la apertura de la anomalía hacia nuestro espacio y nuestro tiempo, pero si la atraviesas, entras en esa banda que no tiene principio ni fin y que lleva al día más sangriento que vivió el hotel: el 24 de abril de 1924.

Aquella noche de hacía diez años subieron hasta la planta 48 explorando el hotel, abrieron la puerta 24, les llamó la atención lo nueva que estaba, giraron el pomo y de pronto estaban en una habitación sin polvo, como nueva, iluminada, cortinas de brillante raso verde arrastraban hasta el suelo, almohadones suaves y mullidos en la cama, que parecía recién hecha. Pero cuando abrieron de nuevo para salir al pasillo... ya no era el mismo pasillo, cogieron el ascensor que les llevó a los sótanos donde estaban las cocinas, y se vieron en medio de un tiroteo. Aterrorizados porque no entendían nada, temiendo ser los siguientes, desesperados, abrieron puerta tras puerta y ninguna daba a la original por la que habían entrado. Estaban atrapados. María insistió en volver a la habitación y esperar. Al comenzar a despuntar los primeros rayos de sol vio por debajo de la puerta una luz gris, lúgubre, abrió y dijo... *Roger, ahora, ¡corre!*... Nunca pudo explicarse por qué de pronto sí estaban al otro lado, en el mohoso hotel.

—Eso es lo que vivimos nosotros, ¿lo sabías y no me has contado nada durante todo este tiempo?

—Para qué María, quería tener una explicación coherente que darte y en realidad no la tengo. Escucha, no hay tiempo, según mis cálculos si hacemos una implosión desde dentro de la anomalía la presión se hará aún más pequeña hasta desaparecer y quedarse sellada de una vez por todas.

—¿La presión? No entiendo nada.

—No puedo pararme ahora a explicártelo. María, mírame, no

te voy a pedir que entres ahí, sólo yo puedo hacerlo, lo único que quiero es que estés aquí por si no sale bien y no puedo volver. Necesito que si eso sucede luches con todas tus fuerzas hasta que consigas que hagan volar el edificio en mil pedazos, ¿me oyes? Eres la única que podrías conseguirlo.

—Roger... no tienes por qué hacer esto.

—No sabemos qué consecuencias podría tener no cerrar esta anomalía en el continuo espacio-tiempo, no podemos arriesgarnos.

—Eres muy bueno en lo tuyo, pero, ¿no sería mejor pedir ayuda a otros científicos?

—La última vez esa idea no funcionó muy bien.

—Acudimos a la Policía, no a la comunidad científica.

—¿Y qué hizo la comunidad científica conmigo en la universidad? —María sabía que tenía razón.

Roger la sonrió como sólo él sabía hacerlo, la dio un beso en la frente, cerró el maletín y la cogió de la mano. Subieron las 48 plantas, después se pararon frente a la puerta 24. La miró y ella le dijo: “vuelve”. Él cerró la puerta después de entrar y ella salió del edificio, tal y como le había pedido que hiciera una vez cruzara la puerta. Desde abajo pudo ver una tremenda explosión que venía de muy arriba. Los cristales de las ventanas de toda la planta cayeron como una lluvia hasta el suelo. María temió lo peor, no podía haber sobrevivido a aquello. Esperó, esperó media hora, una hora, dos, tres, hasta el día siguiente. Estaba a punto de darlo todo por perdido cuando una figura humana salió del hotel, con la ropa hecha harapos y negra, descalza. Era él, era él, había sobrevivido. Echó a correr hasta que llegó a su lado y le abrazó sosteniéndolo a un mismo tiempo porque estaba a punto de desmayarse.

—Lo hiciste.

—Lo hice, cerré ese maldito agujero en el tiempo.

—Tus cálculos eran correctos.

—¿Acaso lo dudabas?

María y Roger se alejaron abrazados, No solo habían cerrado ese maldito agujero en el tiempo, sino también su episodio inacabado, todo lo que dejaron por vivir cuando ella huyó de Nueva

York. Nacía un nuevo día y para ellos, una nueva vida.